

Hoy en día parecemos constantemente oír hablar de «fake news», o noticias falsas. La frase parece haber sido acuñada hace sólo dos años durante la campaña presidencial de 2016, pero «fake news» en el sentido de historias inventadas o historias torcidas por razones retorcidas han estado ocurriendo siempre. El padre Michael Simone, un jesuita, llama a estas historias «susurros subversivos». En la primera lectura de hoy Ezequiel recibe un mensaje de Dios, el cual él debe proclamar al pueblo de Dios, los israelitas. Dios le dice que si el pueblo oye y obedece su palabra o la resiste, «sabrán que hay un profeta en medio de ellos». Aquellos a quienes Ezequiel predica son los líderes políticos y religiosos del reino de Judá. Saben acerca de Dios; saben las historias contadas a través de los años acerca de cómo Dios libró los antepasados de la esclavitud en Egipto. Pero ellos no conocen a Dios.

En el Evangelio de hoy la respuesta del pueblo es algo similar. El mensaje de Dios, esta vez a través de Jesús, está siendo proclamado en Nazaret, no en una tierra extranjera, sino en el lugar donde Jesús creció. Cuando él comienza a enseñar allí, muchos comienzan a hablar de él.

«¿Dónde aprendió este hombre tantas cosas? ¿De dónde le viene esa sabiduría . . . ?» ellos parecen que preguntan. Yo digo, «parecen que preguntan» porque he aprendido hace mucho tiempo que lo que suena como una pregunta es realmente una declaración que no permite ningún argumento. Ejemplos de tales declaraciones-en-la-forma-de-una-pregunta son, «¿Quién sabe?» «¿Crees que somos estúpidos?» «¿Quién te crees que eres?» Es este último ejemplo que es esencialmente lo que el pueblo estaba diciendo acerca de Jesús. «¿Quién se cree que es?» «¿Qué no es éste el carpintero, el hijo de María, el hermano de Santiago, José, Judas y Simón? ¿No viven aquí, entre nosotros, sus hermanas?» «¿Crees que somos estúpidos lo suficiente a creerlo?» «¿Quién te crees que eres?» Como el padre Simone, que llamó a estas preguntas «susurros subversivos», escribió, «Saber a Cristo no es lo mismo como conocer a Cristo»¹

No hasta años más tarde cree el pueblo de Dios en conjunto que Ezequiel era un verdadero profeta. Fue sólo entonces, en sus mensajes escritos, no en persona, que él condujo al pueblo al arrepentimiento y, por lo tanto, de vuelta a la verdadera adoración de Dios. No sabemos lo que el pueblo de Nazaret llegó a creer acerca de Jesús, pero sí sabemos que un hombre que oyó acerca de Jesús y estaba tan hostil a él que sostuvo a las

1 Michael Simone, S. J., "Subversive Whispers," *America* Vol. 218, No. 14, Whole No. 5193 (June 25, 2018), p. 52.

ropas de aquellos que apedrearon al diácono Esteban, el primerísimo mártir. Este hombre, por supuesto, era Saulo de Tarso, que se convirtió en el apóstol Pablo, el autor de la segunda lectura de hoy. Saulo incluso intensificó sus esfuerzos. «Entraba casa por casa, hacía salir a hombres y mujeres y los metía en la cárcel» (Hechos 8:3). Este hombre

Saulo no desistía de su rabia, proyectando violencias y muerte contra los discípulos del Señor. Se presentó al sumo sacerdote, y le pidió poderes escritos para las sinagogas de Damasco, pues quería detener a cuantos seguidores [de Jesús] (Hechos 9:1-2).

En el camino, recuerden ustedes, «de repente una luz que venía del cielo» y Saulo oyó una voz que le decía: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» Pregunto él: «Quién eres tú, Señor?» Y él respondió: «Yo soy Jesús, a quien tu persigues» (Hechos 9:3-5).

En la segunda lectura de hoy oímos que un gran cambio vino dentro de él cuando este hombre, Saulo, que se convirtió en San Pablo, llegó a conocer a Jesús. Él ya no sólo sabe de Jesús; él conoce a Jesús, y ya que conoce a Jesús, confía en él aun cuando Jesús no le da lo que quiere y por lo cual ora. No sabemos lo que Pablo le pide al Señor cuando le pide que el Señor quite «la espina clavada en [su] carne», pero sí sabemos la respuesta de Dios y entonces la respuesta de Pablo. A Pablo, Dios le dijo, «Te basta mi gracia, porque mi poder se manifiesta en la debilidad». La respuesta de Pablo era,

Así pues, de buena gana prefiero gloriarme de mis debilidades,
para que se manifieste en mí el poder de Cristo.
Por eso me alegro de las debilidades, los insultos,
las necesidades, las persecuciones y las dificultades
que sufro por Cristo,
porque cuando soy más débil, soy más fuerte.

Éstas son las palabras de un hombre que conoce y confía en Jesús. Mi mayor preocupación acerca de la Iglesia, el pueblo de Dios, es si conocemos a Dios o si sabemos acerca de él. Llamamos a Jesús nuestro Señor y Salvador. ¿Lo conocemos a él o sólo sabemos acerca de él? Para conocerlo y confiar en él, necesitamos las buenas nuevas, y eso es lo que significa la palabra evangelio.

Me gustaría terminar esta homilía con una historia sobre uno de mis queridos amigos. Aunque casado con una católica y habiéndola apoyado en tratar de criar a sus hijos como católicos, él nunca había sido bautizado. Me pidió que le preguntara al párroco si yo podía darle instrucciones privadas. En nuestra primera reunión me dijo, «La amo a mi esposa más sinceramente que a nadie en la tierra, y siempre he querido compartir su fe. Pero tú no puedes ayudarme. ¿Ves? Yo no creo en la divinidad de Jesús. Para su instrucción leímos y discutimos juntos, lentamente y pensativamente, en primer lugar, el Evangelio de San Marcos, entonces San Lucas y los Hechos de los Apóstoles, entonces San Mateo, y finalmente el Evangelio de San Juan. El día en el cual terminamos el Evangelio de San Juan, mi amigo empujó atrás a su silla y dijo, «Bueno, si Jesús no era Dios, él tuvo que ser el más asombroso, el más extraordinario . . .» (a ese punto él hizo una pausa). Entonces con gran emoción me dijo, «John, yo creo que Jesús es Dios». Que todos nosotros lleguemos tanto conocimiento nuevo o renovado de Jesús y, no importa lo que venga, que pongamos nuestra confianza en él.